

TECNICA Y VIDA HUMANA

EN

GREGA Y GASSET

(Estudio de "meditación de la técnica")

Ignacio Ellacuría, s.i.

Innsbruck, Marzo-Mayo, 1961



"Meditación de la técnica", a pesar de su corta extensión, es un trabajo importante en la obra de Ortega. Los que sobre un tema escriben no todo lo que se pudiera decir, sino tan sólo aquellas palabras esenciales y nuevas que pasan inadvertidas en otros estudios masivos, necesariamente se ven abocados a producciones cortas. Las palabras esenciales y nuevas no pueden ser muchas si se centran -de lo contrario no serían esenciales- desde un principio en el núcleo de una cuestión bien circunscrita. Por eso, no es siempre justa la acusación de que a Ortega le falte una obra que por sí sola le represente; prefirió él hacerla a través de muchas "obras", en las que dejó alumbradas directrices que otros podrían desarrollar y completar.

Escribió también Ortega trabajos mas amplios que, sorpresivamente, no los publicó él. Pero la "Meditación de la técnica" pertenece a aquellos trabajos cortos que, como sillares fundamentales, irían totalizando su obra, a la par que abrían nuevos caminos para que por ellos avanzasen otros. Aun en un pueblo tan reacio culturalmente como el alemán para servirse de fuentes culturales extranjeras en sus estudios es notorio el influjo y la mención expresa de la obra orteguiana, precisamente en su carácter de avanzada, de conciencia vigilante, de representante intelectual de nuestro tiempo.

Uno de sus ensayos más aprovechados es el que tiene por tema la técnica. Su importancia y actualidad vienen dadas por el tema mismo, pero, más aún, por el modo de tratarlo, de ponerlo en inmediata y profunda relación con el hombre como totalidad, con la vida humana como es. Esta es una fundamental constante del pensamiento orteguiano y la razón por qué temas suyos que de primeras despiertan una sonrisa en los incautos se convierten en sondeos riquísimos de la esencia humana. En el ensayo sobre la técnica particularmente, cobra mayor relieve esta actitud fundamental del pensamiento orteguiano, pues su originalidad estriba principalmente en la profundización del tema lograda mediante su radicación en la vida humana. Y así tenemos que, en tan breves páginas, es factible adquirir una muy radical idea de lo que la técnica es, de lo que, a su vez, es la vida humana, y del modo típico de pensar de Ortega. Con lo que se justifica la división de mi trabajo en sus tres partes: a) el método orteguiano; b) su idea de la vida; c) su idea de la técnica. Bien entendido que en su desarrollo no se aprovechará expresamente todo el resto de la obra orteguiana, sino solamente las páginas dedicadas a la técnica en su estudio sobre ella. No supone tal proceder una falsificación o recorte de Ortega necesariamente, sino que de suyo obliga a una profundización en cuanto se pueda exhaustiva de estas páginas orteguianas, cerradas sobre sí mismas, y a un tener en cuenta tácito pero operante de todo el proceder y todas las ideas propios de Ortega. Esto obliga a superar la repetición abreviada de lo que él escribió, tratando de ganar el nivel de una interpretación profunda del trasfondo en que se mueve y sin el que la repetición y crítica del texto mismo no tiene valor filosófico alguno.

El problema del método

Siempre que no se va a la buena de Dios en busca de un no sé qué concreto y desconocido, ni se avanza a campo traviesa sin plan fijo, se tiene un método, un camino que lleva a una meta. Cuando hay un calculado proceder se da sin más alguna forma de método. Primordialmente puede considerarse éste como una manera de acercarse al objeto en cuestión, pero puede ser, en un segundo momento, la forma de acercar el objeto ya aparecido a unos oyentes o lectores. Esta observación es capital tratándose de Ortega en general y, particularmente, en su ensayo sobre la técnica: lo que a primera vista aparece es el proceder seguido por él para introducir al oyente en el objeto mediante su comprensión vital. Aunque esta segunda forma de proceder no tiene por qué ser sustancialmente

distinta del método auténtico que nos ha descubierto la presencia y el ser del objeto, tampoco tiene que coincidir sin más con él. Lo que de primeras aparece es un noble afán pedagógico de comunicar a los otros la propia visión, de ponerles realmente en contacto vitalmente cognoscitivo con la realidad, persuadido radicalmente que conocer no es repetir una fórmula lograda por otro y comprendida tan sólo en el sentido de no ver en ella interna contradicción, una vez que se está enterado someramente de lo que enuncian los términos. Claro que tal proceder transparenta las ideas orteguianas sobre el método filosófico en general, pero de suyo y sin más no se identifica con él; teniendo esto en cuenta evitaríamos la vana discusión de si hay o no hay método filosófico en la obra orteguiana, y, lo que es más importante, no seguiríamos resbalando por sus metáforas, por sus superficies brillantes, desconociendo así su núcleo capital.

Así, por ejemplo, aborda Ortega el problema de la técnica desde una situación humana, y esto no sólo en el sentido general, pero hecho consciente, de que todo pensamiento humano va al ataque de sus temas desde la insoslayable situación que le es propia, sino en el sentido más particular de hacer explícita esa situación en la forma peculiar del tema concreto que le ocupa. Porque el tema al ser humano está ya de por sí necesariamente inserto en una situación, interesa, ante todo, clarificarla, situarse cognoscitivamente en ella, porque de lo contrario el tema mismo sería ininteligible, supuesto que se le ha deformado su propio campo de inteligibilidad. Esto implica una idea y un método estrictamente filosóficos, y los únicos propios para penetrar en un tema antropológico cuya conexión con el ser del hombre es de tal índole ~~xxxxxxx~~ que permitiría una variabilidad no determinable positivamente, si es que ese ser se lo enfocaba abstraído de toda situación. Sin embargo tal proceder aparece en concreto, a poco que uno deje de profundizar, como una mera forma de humanizar el tema con vistas al oyente; humanizar el tema, cuando efectivamente es humano aun como objeto, es ciertamente la única forma de no desfigurarlo, pero al mismo tiempo, desde un punto de vista subjetivo, es el único modo de que un público impreparado filosóficamente no se pierda en vagos formalismos, sino que vaya cargado de auténticos contenidos intelectuales, recreados personalmente, precisamente porque le han sido presentados en su nivel.

Lo que Sócrates llevaba a cabo con interlocutores individuales tiene que procurarlo Ortega ante una asamblea pública, con la que está en contacto formalmente educativo. Su búsqueda de la verdad no es en él tarea exclusivamente personal sino misión colectiva: un nosotros permanente retarda el vuelo del yo en la obra orteguiana. Parece así, a veces, perdido el hilo estrictamente filosófico en vueltas y más vueltas a esta Jericó cercada, que parece no quiere abrirse pero que acabará desplomándose. Es que Ortega está persuadido que no es la línea recta deductiva el camino más corto entre dos extremos humanos, pues las realidades humanas no están distantes sino presentes aunque enigmáticas y escondidas; que es menester ir bien cargado de realidad para que la visión de lo que es realidad sea efectivamente real, sin lo cual no es posible la filosofía ni aun el verdadero conocimiento, por lo menos respecto de aquellos entes que respecto del hombre pueden entrar en contacto inmediato, en presencia existencial. (1)

Pero lo que ahora nos importa no es el estudio de su proceder pedagógico respecto de la filosofía, sino el de su personal proceder filosófico

(1) Esto es claro en la obra total de O. y en su "Meditación de la técnica" y, por lo mismo, nos exime de su comprobación textual. Ofrecemos alguna: "He gastado este poco de tiempo en desarrollar... los anteriores ejemplos, movido por el afán de que no quedase abstracto y confuso en la mente de ustedes qué sea ese programa, ese ser extrantural del hombre". O.C., V, 1958, p. 355. "Intentemos un primer ataque, aun tosco y desde lejos, a esa interrogación", ib. 319

co, el de su método filosófico. Ya éste es vislumbrable, a poco que se reflexione, en su mismo proceder pedagógico, pero queda más de relieve por expresas afirmaciones suyas y por su puesta en ejercicio para dar con lo que realmente es la técnica.

El método, una vez determinado el nivel del estudio, que será aquí el nivel de la filosofía (2), tiene que venir dado por la índole misma del objeto, así como el del proceder pedagógico venía dado por las condiciones del conocimiento filosófico y por el estado intelectual de los oyentes. Objeto que condiciona de dos modos distintos al método: uno, para encontrarlo como hecho bruto de estudio; otro, para deslindar y ahondar su esencia, una vez delimitado como hecho.

Porque, ante un fenómeno tan variopinto como el de la técnica, la cuestión original es el de su legítima circunscripción: ¿qué conjunto de hechos deberá acotarse para reconocer la esencia de lo técnico? Si se selecciona una serie de hechos para sacar de ellos su esencia común, cabe preguntarse cómo se justifica previamente la norma según la cual se ha realizado la selección; si, al contrario, se quiere prescindir de toda norma previa no sabremos a qué hechos atenernos para inducir de ellos un concepto objetivo. Se da una necesaria dialéctica entre ambos extremos: el criterio de lo que es la técnica se requiere de antemano para saber qué fenómenos pueden considerarse como técnicos, pero no se sabrá lo que es la técnica sino en la profundización de los fenómenos técnicos. Ciertamente hay una serie de hechos que presentan, anteriormente a toda reflexión y a todo criterio una semejanza que está ahí y es posible captarla; pero esto no resuelve por completo la dificultad, porque el concepto mismo de semejanza nos coloca ante una situación fluida, proteica, indefinidamente alargable y ensanchable, con lo que otra vez nos en la forzosidad de tener una previa concepción reguladora. Y lo mismo acaece si, fuera de toda comparación, centramos nuestra atención en un caso singular sobre una nota determinada. Pues, ¿qué hace que veamos precisamente esa nota, y la veamos como un mundo aparte de unidad natural?

O. no se ha planteado explícitamente este problema si no que ha presentado sin más su propia solución concreta. Y ha llegado hasta la raíz de la solución. Podía haber empezado su trabajo refiriéndose a los instrumentos y máquinas o a aquellos procedimientos específicos que precientíficamente consideran todos como técnicos. No lo ha hecho así; aun en la división de los estadios de la técnica no ha querido atenerse a cosas conclusas y separadas del hombre, sino a la relación con que éste se encuentra respecto de aquellas; y, si esto lo ha realizado, una vez en posesión refleja de lo que es la técnica, era mucho más necesario realizarlo, cuando la realidad y el concepto mismo de la técnica estaba en cuestión. Cualesquiera sean los hechos considerados como técnicos y como quiera que sea la idea de que ellos nos formemos, es necesario partir de su génesis. O. dirá más tarde que no se conoce bien sino lo que se ha visto nacer, pero, además, es evidente que lo técnico ha nacido del hombre y que, por tanto, no puede ser visto radicalmente sino desde la tierra en que radica, del hombre como realidad concreta. Por ser el hombre

(2) Muy avanzado el trabajo, O. tiene esta observación sorprendente: "Por supuesto que todo este problema de la vida, del ser del hombre, tiene una última dimensión estrictamente filosófica, que yo he procurado eludir en este ensayo", ib. 355. Observación grave si tenemos en cuenta que está referida a la parte más filosófica de su trabajo, que desde ese punto va bajando de nivel filosófico. ¿No son entonces estrictamente filosóficas las penúltimas dimensiones de las que ha hablado hasta ese punto?, o ¿lo son pero sin la estrictez filosófica exigible en las últimas dimensiones?, o ¿la última dimensión de la técnica en cuanto tal, aun filosófica, queda necesariamente dentro de una ontología parcial y, por eso, aun tratada con la ultimidad relativa que le es propia no puede ser absolutamente filosófica?, o ¿se refiere tan sólo al problema de la vida del que podría hablar con mucho mayor rigor y no se refiere a lo dicho por él de la técnica?, o ¿ha quedado vana su pretensión, por lo menos en una medida importante, de evitar esa última dimensión estrictamente filosófica?

lo que es en este "mundo" ha tenido necesariamente que surgir ese otro "mundo" determinado que es la técnica.

No interesa, por tanto, determinar qué accidente empírico le puso a O. en la pista del problema, del hecho de la técnica, pues tal determinación no daría inmediata y formalmente ninguna luz sobre su estricto método filosófico, por el que aquí se pregunta. Aun fuera de todo nombre previo, de toda anterior determinación popular se presentan hechos diferenciados, capaces por su misma óptica diferenciación de suscitar una específica sacudida subjetiva y, derivadamente, un cierto perfil lógico previo. Aun antes de toda profundización ontológica aparecen en el hombre una serie de aptitudes, necesidades y procederes, entre sí tan unidos que forman un algo irreductible. No significa esto que su insularidad excluya toda nota común respecto de otros grupos, pues no se trata primariamente de cosas, de entes sino de sentidos y funciones.

Esto nos aclara que, primero, se ha de tener un conocimiento previo de lo que la técnica es aun para dar con el hecho de la técnica, y, después, que tampoco es preciso determinar con precisión los límites de ese hecho como paralelamente no se ha determinado exhaustivamente la esencia de lo técnico en aquel conocimiento previo. Por eso, O. no necesita arrancar en su estudio del concepto vulgar de la técnica ni de la intuición escondida en la misma estructura de la palabra, tomados al menos como fundamentos lógicos de su método, ni siquiera para determinar el hecho bruto de la técnica. Ha visto claramente que ésa no podía ser una base sólida para su estudio, y que tal proceder le abocaba al doble peligro de no sobrepasar el nivel de lo empírico o de perderse, en última instancia, en un problema de lenguaje.

Y, sin embargo, no desprecia el criterio del lenguaje ni de la apreciación común, ya que él es el primer persuadido de que el fenómeno de la técnica no es algo que haya surgido por real decreto de una razón pura que en deducción apriorística haya exigido la inauguración de un nuevo género de actividades. Entre el apriorismo analítico que esto supondría y el puro empirismo del lenguaje y del sentido común, como fundamentos lógicos exclusivos, hay una vía media integradora. Explicarla nos llevaría a desarrollar su método para dar con la esencia de lo técnico y ahora estamos todavía en la determinación provisional del hecho de la técnica, de aquel hecho que es suficiente para la definición rigurosa y que, a su vez, no implique a ésta. Baste ahora con decir que la realidad ha deducido antes que la razón el hecho de la técnica: porque el hombre es necesariamente técnico, lo ha sido históricamente, puede ser conocido como tal y como tal puede ser objeto de un auténtico filosofar. Porque ha sido necesariamente técnico se presentará lo técnico como un hecho diferenciativo del que podrán preguntarse sus condiciones de posibilidad, sin tener que preguntarse por todos los hechos que constituyen el fenómeno de la técnica; ésta no es la suma de aquellos, sino su raíz, la condición de su posibilidad. Pero, porque esa necesidad no es tal a partir de la esencia abstracta del hombre desarraigada de todo mundo y toda situación sino a partir de su esencia histórica, tenemos de un lado que el apriorismo no es puramente analítico y formal, y del otro que sobre la técnica es posible un filosofar y no un puro aclarar empírico. Porque historia no significa aquí suceso fortuito que pudiera ser sustituido por otro cualquiera sino concretización formal definitiva, aunque con desarrollo sucesivo en sus concretizaciones materiales, de una posibilidad que en abstracto podría ser múltiple, pero que en su verificación existencial es ya una formalmente y necesariamente de tal índole.

El lenguaje y la apreciación común son así aprovechables en cuanto empíricamente aluden a hechos técnicos y, también, aunque confusa y precientemente, a la técnica como hecho, en singular, y como forma. Se integran a su manera, como un momento más de la técnica misma en un primer movimiento de reflexión, en lo que ella es. Y en este sentido son suficiente criterio como determinación previa para ponerse en pista. Dan aquel punto de arranque requerido para dar con el hecho de la técnica, una vez que no es necesario ni posible contar en el principio del estudio con un criterio perfecto para la circunscripción de todos los